

todo en la Mancha y en Andalucía, fuera menester un raptó lírico, un poderoso esfuerzo de la imaginación. Aquí hablamos, en prosa y en lo práctico, de montes altos y bajos, pero no de bosques y de selvas.

La industria fabril, tan poco importante aun en 1843, viene creciendo desde entonces, principalmente en Cataluña, y con alguna importancia también en Málaga y Sevilla: aunque tiene que luchar con enormes obstáculos, dos de ellos que parecen casi invencibles: que el interés del dinero prestado al gobierno y á los particulares ha sido tal, que no parecía que pudiera haber industria, por bien y dichosamente planteada que estuviese, que pudiera producir la tercera parte; y que, habiéndose perdido en España las industrias antiguas, si las hubo, y roto así el hilo de la tradición y del carácter propio y nacional de nuestros artefactos, todo tenía que ser aquí, al menos en el principio, torpe remedo de las cosas extranjeras, sin carácter propio en nada. Así los tejidos, así la cerámica, así otras manufacturas. Todavía, en varias exposiciones universales, con haber venido mucho despues, se veía esto claramente. China, Japon, Persia, Turquía, Túnez y hasta Marruecos, presentaban objetos, toscos á la verdad, pero con cierto carácter, sello propio y bárbara originalidad, mientras que los objetos españoles, salvo algunas mantas, algunos botines de cuero bordado y algunos cacharros sobrado toscos, parecían un remedo imperfectísimo aun y muy de pacotilla de lo que en otros países se hace.

El arte mismo, que empezaba á renacer de 1833 á 1843, se hallaba en un período de transición lastimoso. En el arte, así como en la industria y muchísimo mas aun en la literatura, había desaparecido todo carácter nacional. Los pintores, que era lo mas que había y sigue habiendo, con mucho mas alto desenvolvimiento ulterior, podían tener estilo propio; pero estilo nacional y escuelas de pintura propias de España habían dejado de ser. Y no porque los pintores españoles fueran á educarse ó á perfeccionarse en su arte en París ó en Roma, sino por mas hondos motivos: por lo que hemos dicho ya; porque en el arte, como en la industria, como en todo, ha habido algo de solución de continuidad en la cultura española. Inspirábase antes el arte en los sentimientos religiosos; si contaba algo con los reyes y con varios magnates, era principalmente costeado por un clero rico. Decadidas estas clases privilegiadas y sin bastante riqueza y sin buen gusto aun el estado llano, el arte no hallaba inspiración ni paga en parte alguna.

Curiosísimo es, pues, cómo todo esto se ha ido cambiando y modificando en lo sucesivo; cómo la cultura material y la riqueza pública se han desenvuelto en pocos años, y lo mucho que la codicia de poseer y el afán de gozar han influido en los sucesos políticos y en los cambios y mudanzas, y los efectos buenos y malos, trágicos y ridículos, por medio de los cuales ha sufrido España la transformación en que hoy la vemos. Es innegable que en el partido moderado ó conservador, que adquiere el mando con la caída de Espartero, y que le conserva desde entonces diez ú once años, es donde se nota antes este prurito de gozos materiales, de refinamientos y elegancias, que escandalizan primero á los progresistas mas severos ó mas rudos y que acaban por seducirlos y conquistarlos.

Los magnates y próceres de nuevo cuño, subidos á mayores por virtud de la política ó de la banca, dicen personas timoratas que han corrompido á España; pero otras personas de mas aviso quizá, suponen que la han enseñado á vivir y que la han pulido, sacándola de la rudeza en que estaba, rudeza no exenta de vergüenzas y de inmoralidades, no inferiores, si bien mas groseras y ruines, que las que ha habido ó puede suponerse que ha habido despues.

No afirmamos por esto que los banqueros, capitalistas, generales engrandecidos y hombres políticos dichosos, hayan tenido aquí el tino y el buen gusto que tuvieron los Fúcares y los Médicis, en proteger las artes y la industria; pero en fin algo han hecho y se les debe agradecer, entendiendo nosotros que muchas de las anécdotas burlescas, que de estos protectores de las artes se refieren, deben de ser invención de la envidia. Hay, no obstante, varias tan graciosas que al menos

referiremos una para que sirva de muestra. Un rico general, aficionado á la pintura, había comprado, entre otros cuadros, uno, del cual se admiraba mas que de todos los otros. Explicaba él el principal fundamento de su admiración por un *escuerzo* prodigioso que en el cuadro había. Todos buscaban en el cuadro el *escuerzo*, y nadie le hallaba. El *escuerzo*, no era *escuerzo*, sino *escorzo*.

Fuera de esta y de otras ignorancias, es evidente que el buen gusto, el prurito de crear nuevos objetos y el afán de conservar, restaurar y coleccionar los antiguos objetos de arte, se ha ido difundiendo desde estos magnates y poderosos á la gente menos rica del estado llano, y se ha mostrado también en medidas bienhechoras que han ido tomando los gobiernos sucesivos, á pesar de los incantes apuros del tesoro, para proteger á los nuevos artistas y para conservar y restaurar las obras de los antiguos.

En este último punto, con todo, menester es decirlo, algo mas hubieran podido y hubieran debido hacer los gobiernos, algo menos mezquinamente hubieran podido conducirse y algo mas cuidadosos y vigilantes hubieran debido estar para que no se perdiesen ó destruyesen, como se han perdido y destruido, primores, alhajas y monumentos de precio inestimable. ¿Por qué, por ejemplo, no había de terminarse el maravilloso templo de San Juan de los Reyes? ¿Por qué se puso el precioso alcázar de Segovia en ocasión peligrosísima de que se quemase, si despues no se había de restaurar? Como estas acusaciones, en forma de preguntas, pudieran hacerse no pocas. Queremos creer que casi todas las iglesias y conventos, que se han derribado, valían para el arte poquísimo, pero ¿no habría en ellos códices, libros raros, cuadros, esculturas y otros objetos, que tal vez se han destrozado bárbaramente ó que tal vez han sido sustraídos y malbaratados por vil precio en tierra extranjera?

La sociedad sería mucho mas conveniente que fuera transformándose y mejorándose por medio de evoluciones lentas y pacíficas, y no á través de violentos cambios y revoluciones; pero, ya que esto último ocurre, será ley providencial de la historia, y no hay mas que resignarse y someterse á ella. Creemos haber probado que España había ganado con la revolución hasta 1843 y que estaba pronta y apercebida para ganar mucho mas. No cabe duda en que algo había perdido también, no solo de cosas materiales, sino de originalidad y de carácter propio. Si los cambios hubieran sido lentos y sucesivos, no hubiera perdido nada; pero ¿era esto posible? El antiguo régimen ya no existía cuando vino la revolución. De sus ruinas, de sus restos destrozados, había nacido una democracia ó demagogía frailuna, con un rey á la cabeza, sin el verdadero y santo prestigio tradicional de los antiguos reyes, y circundado de una nobleza áulica, sin espíritu de clase, inerte y sin ideal político. Contra esta demagogía frailuna, que se apoyaba en la religión y que era contraria á la libertad, al progreso y á la verdadera cultura, ha tenido que combatir la revolución, hasta 1843, en una guerra de siete años: desde entonces hasta ahora en nuevas guerras que tal vez no han terminado aun. No era, pues, posible que el cambio fuese pacífico; pero el cambio era necesario. La sangre, que se ha vertido, las fuerzas vivas de la nación que se han consumido en la lucha, los bienes que se han malgastado y los monumentos que se han destruido, no se deben poner solo en la cuenta de la revolución, sino mas bien en la cuenta de los que á toda mudanza se resistieron. En cambio, las ventajas que ha reportado España, si bien provienen del general movimiento ascendente y civilizador de toda Europa, se deben á la revolución, aunque esta no haya hecho nada por sí mas que enlazar y poner en contacto una parte de la maquinaria inerte y parada, con la fuerza motriz, la cual por el aislamiento en que el gobierno absoluto nos tenía, no había llegado á sacarnos de la postración y de la inercia.

En suma, la revolución costó mucho: llenó de sangre y de ruinas el suelo español; pero, sobre estas ruinas, se ha edificado lo que antes ni podía soñarse, y sobre lo edificado se cierne y nos sonríe la esperanza, prometiendo mas alta prosperidad, aunque sea á través y á costa de nuevos trastornos y combates.

No es extraño que aquellos hombres que, en 1843, y aun bastante mas tarde, solo veían lo destruido y perdido y no lo que en su lugar surgía, sintiesen constantemente ó al menos por momentos, la mas profunda tristeza, y echasen de menos lo pasado, así en lo real como en lo ideal. De esto nació un extraño fenómeno que apenas nos atrevemos á consignar aquí. La gente menos elevada en ideas, mas vulgar de sentimientos y de aspiraciones, afanada en crear ó en allegar para sí ó para la sociedad toda, ó empeñada en la lucha para gozar de las conquistas materiales de la revolución, no lanzaba jamás un suspiro por los tiempos antiguos; mientras que ciertas naturalezas mas delicadas y poéticas se hacían retrógradas, ó ya de diario y en todo lo práctico de la vida, ó ya en alternativas de pasión melancólica, escribiendo versos ó prosa poética. Este extraño fenómeno de que los mas cultos hayan sido á veces en España los partidarios de lo inculto, y los mas ilustrados los secuaces del oscurantismo, y no pocos de los mas generosos los menos liberales, nos ha causado un mal gravísimo, y ha dilatado las convulsiones políticas, de las que, por tantos años, ha sido víctima nuestra patria.

Sin duda que muchos espíritus distinguidos y aun superiores, huyendo de la vulgaridad y del espectáculo de mezquina

codicia, que han ofrecido á veces los partidos revolucionarios, y engañados por un espejismo singular que les hacía ver un pasado que jamás existió, han ido en muchas ocasiones á honrar y fortalecer las filas del partido que entre nosotros se ha llamado ultra-conservador ó neo-católico.

En 1843, tenía mayor fuerza que hoy la corriente que á tan extraviado término llevaba. Se veían todos los males y apenas se veían aun los bienes que la revolución nos traía. No eran solo Donoso Cortés, Balmes y otros, los que lamentaban los cambios, los que echaban de menos lo antiguo, los que rompían en endechas por la pérdida de nuestro pasado y le ensalzaban con amor: eran hasta vehementes revolucionarios, al parecer arrepentidos: era Espronceda, nuestro mas alto poeta, quien, en lugar de entonar un himno de triunfo á la revolución vencedora y de vaticinar mil felicidades á la patria libertada, dice, poco antes de morir:

¡Ay! Solitario entre cenizas frias,  
Mudas ruinas, aras profanadas  
Y antiguos, derruidos monumentos,  
Me sentaré cual nuevo Jeremías,  
Mis mejillas en lágrimas bañadas,  
Y romperé en estériles lamentos.

## LIBRO DÉCIMOCUARTO

DE 1843 A 1848

### CAPITULO PRIMERO

La coalición triunfante.—Gobierno provisional.—Ministerio Olózaga.—Ministerio Gonzalez Brabo.

Menester es confesarlo; el Regente cayó á impulso de uno de los pronunciamientos mas populares y unánimes que ha habido en España. Este hombre, lleno de buenos deseos y con los mas brillantes servicios que á una nación pueden hacerse, vió concertados contra él, con inconcebible odio y coraje, á los partidos mas opuestos, sin que en realidad, hoy que consideramos desapasionadamente las cosas, se le puedan atribuir mayores faltas que la de su impericia para el gobierno.

En la coalición contra el Regente, dejándose de vanas declamaciones acerca de la perfidia de los moderados, hay que reconocer que el papel ingrato y torpe fué el de los progresistas. No afirmamos que el engaño y la burla sean lícitos jamás, pero hay ocasiones en que se hacen tantos méritos para ser engañados y burlados, que, aunque no se perdona nunca la falta moral del engaño, el engañador aparece simpático y viene á ser considerado como instrumento providencial de la justicia del cielo.

El duque de la Victoria hizo formal dimisión de la regencia á bordo del vapor *Bévis*, y luego se embarcó en la bahía de Cádiz, en el vapor inglés *Malabar*, el 30 de julio. A los dos dias, salió para Lisboa. Desde Lisboa se trasladó á otro buque de vapor inglés, el *Prometheo*. En 12 de agosto, salió para Londres.

El dia 23 de julio se formó el nuevo ministerio, nacido del pronunciamiento y condecorado con el título de gobierno provisional. Don Joaquín María Lopez era presidente del Consejo; don Joaquín de Frias, ministro de Marina; don Mateo Miguel Ayllon, ministro de Hacienda; don Fermin Caballero, ministro de la Gobernación; y ministro de la Guerra, el general don Francisco Serrano.

Como se ve, los ministros eran progresistas. En la coalición triunfadora parecía prevalecer el elemento mas liberal, pero realmente este elemento estaba ya dominado por el elemento conservador, cuyo jefe tenía el prestigio principal de la vic-

toria y era tan atrevido como astuto. Era este jefe don Ramon María Narvaez, promovido desde luego á teniente general, nombrado capitán general de Madrid y resumiendo ya en sí todo el poder de hecho.

Las circunstancias, además, favorecían sus propósitos y ambición y los de su partido.

La masa del pueblo era, en nuestro sentir, indiferente, ó inerte por lo menos. En la clase media, salvo en Madrid, en Barcelona, en Zaragoza y en algunas otras capitales, había mas moderados que progresistas. Estos habían perdido mucho de su crédito con su falta de habilidad en el mando. La gente pensadora y la juventud ilustrada ó que presumía de serlo desdénaban al partido del progreso, que, en punto á ideas políticas y filosóficas en que fundarlas, se había quedado en el año de 1812. Las clases acomodadas y elegantes repugnaban también el progresismo, cuya rudeza en los modales y mayor sencillez en el trato estaban en contraposición con las aspiraciones al lujo y á la pompa, con la manera de vivir cómoda y holgada y con los primores y *exquisiteces* que había en tierras extrañas y que se querían ya importar en la nuestra. La recrudescencia, por último, del sentimiento religioso era también auxiliar del moderantismo, cuando no iba mas lejos y se ponía del lado de un partido mas retrógrado, el cual, caída ya, al menos por lo pronto, la bandera carlista, soñaba con realizar sus propósitos bajo el cetro de Isabel II.

Esta recrudescencia religiosa tenía varias causas. La principal era sin duda que en España está hondamente arraigado el catolicismo, el cual, aun para muchos que no creen en él con firmeza, es considerado como el espíritu que informa y presta actividad y brio al gran sér de nuestra nación. Había además otros estímulos de religiosidad, mas superficiales y patentes, que tenían en cierto modo algo de risible, pero que no dejaban por eso de ser poderosos. Era uno de estos estímulos, segun hemos demostrado ya, la literatura poética, donde, como término de lamentos y lágrimas y como refugio contra el escepticismo, venían los vates á ponerse devotamente al pié de la cruz. Otro estímulo, aun para aquellos que, por no leer ó por no entender de letras, la poesía no vale de nada, era la propia moda. Casi todos los que se preciaban entonces